

# NOTAS CRITICAS

## SEMBLANZA DE ALFONSO EL BATALLADOR (1)

La semblanza del gran rey aragonés Alfonso el Batallador fué el tema elegido por el profesor José María Lacarra, decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Zaragoza, para su discurso inaugural del año escolar 1949-1950.

Ya hace tiempo que el señor Lacarra viene dedicando su atención al estudio del reinado de aquel glorioso monarca. En su colección diplomática *Documentos para el estudio de la reconquista y repoblación del valle del Ebro*, ha insertado un considerable número de documentos de Alfonso, muchos de ellos inéditos, y en diversas revistas viene publicando documentados estudios sobre diversos aspectos de aquel reinado. Con tan segura base, José María Lacarra, venciendo las dificultades que ofrecía la empresa —escasez de fuentes, juicios apasionados de los enemigos del monarca—, ha logrado trazar una magnífica semblanza del Rey Batallador.

El autor fija, aproximadamente, hacia 1073, la fecha del nacimiento de Alfonso. Nadie podía prever entonces que un día sería llamado a regir los estados de su padre. Por eso, ni las crónicas ni los documentos abundan en noticias sobre su infancia. Habla después de la influencia que sobre él ejercería su madre, la champañesa Doña Felicia, de sus probables viajes a Francia, de su estancia en el Pirineo aragonés, de su educación en San Pedro de Siresa. Esta sería la propia de un segundón, pues, como dice el autor, se trata de un «un infante que sólo puede aspirar a ser tronco de una casa, y que, si de momento goza del favor e influencia en la Corte del padre y luego en la de su hermano, esta influencia se irá esfumando a medida que se vaya alejando el parentesco con el monarca reinante».

Pero acontecimientos imprevistos le impulsan a más altos designios: primero, la muerte de su hermano Fernando, que le lleva los señoríos de Biel y de Luna; después, la de su sobrino, el príncipe Don Pedro; v, por último, la del propio rey, su hermano Pedro, que fallece en 1104, y que «le lanza bruscamente al gobierno del reino, al que ni aspira ni para el que se siente preparado».

José María Lacarra hace resaltar las aspiraciones políticas de Alfonso, sobre todo, su propósito de liberar la Tierra Santa y la fundación de una cofradía religioso-militar, a cuyo frente estará el rey. Es la idea de la *Militia Dei*, siempre presente en todos sus actos, y que culminará en su célebre testamento. Sustancioso es también el capítulo dedicado a estudiar los rasgos de la personalidad del monarca; su bravura, sus posibles supersticiones, sus

(1) Lacarra (José María) «Semblanza de Alfonso el Batallador». Zaragoza, 1949.

condiciones de caudillo, hábil para la guerra y poco diestro para las intrigas cortesanas.

El autor se ocupa con detenimiento del matrimonio del rey con Doña Urraca, que había de ser la piedra de toque de las cualidades de Alfonso y el origen de todas las diatribas que se lanzan contra el monarca aragonés. El fracaso de aquella unión no sólo fué debida a la oposición de caracteres de los cónyuges, sino también, como observa Lacarra, a los encontrados intereses que el matrimonio venía a lesionar. Contra el monarca aragonés se agrupan todos los enemigos de un poder fuerte y enérgico: los Condes de Portugal, que tratan de independizar la comarca; la anárquica nobleza de León y Galicia, que quiere resucitar anacrónicas situaciones; el astuto arzobispo de Santiago y los partidarios de Alfonso Raimúndez.

Con desapasionada objetividad, el profesor Lacarra reconoce que el rey se mueve con torpeza entre aquella madeja de intereses y egoísmos contrapuestos. Por eso, el rey abandona los asuntos de Castilla para entregarse por completo a su empresa predilecta: la conquista del reino moro de Zaragoza, el empuje hacia el mar. Y es aquí, precisamente, donde se muestra el genio del monarca, su talento militar, su intrepidez temeraria, su previsión restauradora y su alteza de miras.

Finaliza su trabajo el Dr. Lacarra citando el juicio que Alfonso mereció del autor de la Crónica de Alfonso VII, que, no obstante su odio hacia el monarca, reconoce que «ni antes ni después de él, nubo en Aragón rey que se le pareciese ni en lo fuerte ni en lo prudente ni en lo belicoso». Y añade el docto catedrático: «Esta creo que será la sentencia desapasionada de la Historia».

En resumen, se trata de una semblanza objetiva, exacta, como basada en el estudio directo de los documentos contemporáneos, y, además, escrita en un estilo ameno que hace muy agradable su lectura. Trabajo, a la vez de erudición y de síntesis, de fina perspicacia y de juiciosa crítica, trabajo que viene a llenar una laguna en la producción biográfica aragonesa, situando la discutida figura del Rey Batallador en el arco de majestuosa grandesa que por su abnegación y heroísmo le corresponde.

F. BALAGUER.

#### OTRA VEZ, AYMERIC PICAUD (1)

La monografía «El País Vasco, visto desde fuera», de Fausto Arocena, que está señalada con el número uno de las que se propone publicar la Biblioteca Vascongada de Amigos del País, en San Sebastián, merece un comentario. Fausto Arocena no solamente es un investigador acreditado en lo que al país vasco atañe, sino que es un escritor que hace deleitosa la lectura de sus investigaciones, detalle no demasiado común en esta clase de escritores. A su monografía le ha dado un ritmo juguetón, que mueve su prosa con gracia y amenidad, sin que esto impida una ordenación metódica de la

(1) Arocena (Fausto) «El País Vasco visto desde fuera». Biblioteca Vascongada de los Amigos del País. San Sebastián, 1949.

materia. Tres capítulos completan la obra: comprende el primero desde Strabon hasta Felipe el Hermoso, en 15C1. Veintiocho años más tarde llega al país vasco Navaggiero, el diplomático, y desde esa fecha hasta la de 1778, en que encontramos a Laglance en Bilbao, no se sale del segundo capítulo. El tercero comienza con Humboldt, 18C1, y concluye con Van Eyss, en 1866. ¿Por qué esta repartición de visitantes, dentro del orden cronológico? Sin duda, resulta un poco artificiosa, pero en realidad cada sección lleva el sello diferencial de la época a que aquellos hombres pertenecieron. Y como a cada capítulo sigue un resumen, la repartición cobra sentido lógico, y se comprende que el autor ha tenido un notorio acierto en esta sistematización de pareceres forasteros sobre el país vasco «desde los albores de la historia». como indica Arcena.. Pasan de 30 los testimonios recogidos y al leerlos ahora,, en esta especie de antología, comprendemos que la tarea de coleccionarlos, ordenarlos, dándoles una «punta» de glosa, es una tarea de relevante mérito y que todos los vascos se lo agradecerán a este simpático e inteligente cronista de Guipúzcoa.

Como es natural, en la monografía comparece Aymeric Picaud, que, Arcena tacha de «irascible», «resentido», «nervioso», «enemigo número uno», etc., etc., es decir, que al comparecer se le pone en capilla. Pasa, ciertamente, sobre Aymeric Picaud la ira acumulada de nuestros historiadores por el relato feroz que de nuestros antepasados, de su indecencia moral, de su idioma como «ladridos de perro», de sus brutalidades con los peregrinos compustelanos dejó en el Libro V del «Codex Calistinus», y del que Whitehill nos dice, con singular acierto, que se adelanta en siete siglos a la táctica de los modernos Baedeker. «Las diatribas silban como culebras», escribió Campión, y la verdad es que la piniura de los vascos y navarros no puede tener más lamentables perspectivas. Sin embargo, no resulta demariado fácil separar en el relato lo que es de observación fidedigna, la parte filológica, por ejemplo, de lo que nos parece apreciación personalísima de Aymeric Picaud, resentido o molesto por las razones que fueran. Si en un aspecto le otorgamos beligerencia de observador concienzudo y exacto, no sé cómo vamos a negársela en el aspecto en el que nos molesta. A Aymeric Picaud le molestó terriblemente que los alcabaleros exigieran, y de modo brutal, determinados impuestos a los peregrinos, impuestos que, al parecer, sólo correspondía pagar a los trajineros. Posiblemente, muchos de los peregrinos trajinarían clandestinamente, lo que no es aberración suponer, como no lo es tampoco el suponer que lo sabrían los alcabaleros; escribe Aymeric: «Cum non debeant vite accipere tributum, nisi a mercatoribus tantum, a peregrinis et ab omnibus transeuntibus injusta accipiunt». Para el viajero, todo en el país era feroz: el paisaje, la lengua, la cara de sus indígenas y sus modales y costumbres.

Algunas de éstas, el coger con los dedos los alimentos, eran sin duda costumbres generales, y sorprende que ese detalle sorprendiera a Aymeric Picaud. Ni los colores sombríos del relato son exclusivamente para nuestra tierra. Cuando advierte a los peregrinos que no lleven oro ni plata en el viaje, que no armen camorras durante la peregrinación, que no se embriaguen, que eviten «los lazos puestos en su camino por otros»; cuando alude

a los mesoneros astutos y rapaces y a las mujerzuelas que rondan a los peregrinos «entre Puertomarín y Palas de Rey»; cuando ya en Santiago censura a los posaderos que niegan el agua a los peregrinos para que les compren vino, y a los vendedores ambulantes que engañan con sus mercancías, y a las mujeres que venden velas que no arden, y a los «inícuos comerciantes» que dan objetos plateados por plata maciza, y cuando analiza la calidad de las aguas, no repara en decir que las del Ega, que es el río de Estella, «ipsa es limpha, dulcis, sana et optima», y de Estella testimonia que tiene buen pan, vino excelente, abundancia de carne y pescado «cuntisque felicitabibus plena». Todo esto parece señalar a un observador objetivo e imparcial, de espíritu a la vez exigente y poseedor de un completo repertorio de calificativos. No vamos a suponer que al llegar a Estella ha cesado su resentimiento. Bien observa Arocena que Picaud no es el entusiasmo de Humboldt, pero es justo añadir que Humboldt conoce a los vascos en 1801. De todos modos, la monografía de Fausto Arocena, con pulquérrimo empaque editorial, se lee con tanto interés como agrado, supino elogio, creo yo, para la lectura de un libro.—E. E.

#### UN COSTUMBRISTA NAVARRO, JOSE MARIA IRIBARREN (1)

Se revelo como escritor José María Iribarren con un libro sobre Mola poco después de la muerte del general y el éxito de esta primera obra se debió en parte, a la ocasión y al tema, pero allí había un autor con mirada penetrante para llenar al hombre interior y una pluma suelta, vivaz y elegants. Acaso entonces nos fijamos más en el documento que en la expresión porque el momento tenía urgencias incompatibles con la serena apreciación literaria. Luego, año tras año ha ido Iribarren dando a la estampa «Retablo de Curiosidades», «Batiburrillo Navarro», «Navarrerías», «De Pascuas a Ramos» y recientemente «Historias y Costumbres» (colección de ensayos) que edita la Institución «Príncipe de Viana», después de haberlos antes acogido, los ensayos digo, en diversos números de su Revista.

Estos ensayos son de historia y folklore navarro —por excepción se ocupa de costumbres del Val de Onsella— y su lectura es tan agradable como instructiva. Iribarren une a unas cualidades innatas de gracia en el decir, otras que sólo se adquieren y depuran con el estudio y de la conjunción de unas y otras ha resuelto este escritor que eleva el costumbrismo a un grado de arte muy por encima de las limitaciones geográficas o del género. Porque el costumbrismo suele colocarse en la clasificación de los géneros literarios dentro de ese grupo de «Tolerados» junto a los tipos más nobles, que equivale a lo que en las artes plásticas llaman «artes menores». Como si el tamaño o el asunto pudieran prejuzgar el valor estético. Yo no sé de otro escritor de temas regionales que haya dado tanta dignidad literaria a sus obras como Iribarren. Pienso en los de ahora y no me olvido de los de

(1) Iribarren (José María) «Historias y Costumbres (Colección de ensayos) Diputación Foral de Navarra. Institución «Príncipe de Viana». Pamplona, 1949. Zaragoza, 1950.

antes. Ni tampoco me ofusca el juicio de mi condición de navarro, antes al contrario, me lo hace más exigente, pues no sólo tengo en cuenta el aspecto formal, sino que aprecio el grado en que Iribarren ha captado los últimos matices del alma popular navarra. Y creo que por primera vez, con pleno acierto, la Navarra pirenaica, la media y, muy singularmente, la ribera, han encontrado un intérprete y una voz literaria tan fieles como valiosas.

FRANCISCO YNDURAIN

#### EL REY DE ESPAÑA DON FERNANDO EL CATOLICO (1)

Desde que llegó a España la noticia de la desdichada película «Christopher Columbus» de la organización inglesa Rank, la Institución aragonesa «Fernando el Católico» dió la voz de alerta y montó guardia vigilante contra el engendro. Esta es la verdad que enaltece a la Institución. Y como obras son amores, entre aquellas que no fueron pocas y sí eficaces, nos ofrece ahora la publicación, pulquérrima, de «El Rey de España Don Fernando el Católico», debida a la pluma de Carlos E. Corona Baratech, y forma parte de la interesante colección de monografías que viene editando el Departamento de publicaciones. Se conoce que todavía está bien dotado el arsenal de la leyenda negra en disfavor de España y de sus preclaras figuras históricas.

El breve estudio de Corona Baratech es claro, documentado, metódico, sin que el panegirista se monte sobre el historiador. La verdad es siempre, por sí sola, el más cabal panegírico. El autor reconoce que «nuestro Rey tuvo defectos, como todo ser humano, y no se trata —alega atinadamente— de disculparle ni de ocultarlos tras un tapiz espaso de excelencias; sería infantil negar que los tuvo, sin embargo, es de ley restaurar las cosas en su punto, rechazando esa imagen falsa, deformada y calumniosa, tejida por la pasión y la confusión». Pero si resulta infantil negar los defectos, ya no lo es negarle en absoluto virtudes y no sacar del personaje mas que la biografía de un hombre pérfido, traidor y desleal, tacaño, avaro, mujeriego. Tan recargada de colores sombríos apareció la imagen de este gran Rey, que a juicio de Ferrari, en ella se compendia la teoría total antiespañola, de la que Fernando es el símbolo. En este folleto de Baratech aparece la prsona de Don Fernando y la relación de sus hechos, tales como de estudios responsables y últimos se deducen. El perfil humano no está exento de simpatía atrayente. Los hechos se consignan en apartados que se refieren a la visión panorámica de su reinado, a la política internacional y a la leyenda denigratoria. Difícil es en tan pocas páginas ofrecer un conjunto tan completo, convincente y lúcido de tan relevante personaje en su doble acepción de hombre y político. Resulta una bella página histórica que se leerá con agrado sumo y eliminará hasta los residuos de prejuicios sobre este magnífico Rey de España.—E. E.

(1) Corona Baratech (Carlos) «El Rey de España, Don Fernando el Católico». Sociedad de Estudios Vascos, 1921.

## LA OBRA DE PEDRO DE GARMENDIA (1)

Javier de Ybarra y Bergé, correspondiente de la Real Academia de la Historia, ha publicado en la Editorial Vizcaína. «La obra de Pedro de Garmendia». El libro, del más loable esmero editorial, es un homenaje de la Junta de Cultura de la Excma. Diputación de Vizcaya a quien íué su Secretario, que falleció el año 1945. Va lo primero una elogiosa semblanza del íinado en la que se intercala la que hizo Phillippe Veyrin en quien Pedro de Garmendia despertaba «une curieuse surprise dé deconoir un artista indifférent en briut des lonanges, dedaigneux a l'extreme de íaire parler de lui». El trabajo, modelo en su género, de Javier de Ybarra, ha consistido no solamente en coleccionar cuanto escribió Garmendia en diferentes revistas y periódicos, sino en metodizar la colección. Las publicaciones en las que colaboró son «Gure Herria» de Bayona, revista de inspiración de Garmendia en su casa de Sara; «Bulletin du Musée Basque» de Bayona; «Eusko-Folklore» de San Sebastián; «L'Art Populaire, en France», de Strasbourg; R. I. E. V. de San Sebastián; y «Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País», de San Sebastián. Colaboró también en una sección vascongada y cultural del diario bilbaíno «El Correo Español-El Pueblo Vasco». Concluye el libro con unas notas sobre la colaboración póstuma y la obra inédita de Garmendia. Javier de Ybarra no se ha limitado a la mera referencia, por títulos y fechas, de los trabajos de Garmendia, sino que reproduce literalmente varios de ellos, muy interesantes, lo que valora notablemente estas páginas del mayor interés para la bibliografía vascongada. Curiosísima resulta esta figura de nuestras letras; nació en San Sebastián, vivió largo tiempo en Sara y rindió su culto amoroso y apasionado al país, en Bilbao. Merecen notarse estas palabras de Javier de Ybarra: «No creía (Garmendia) que el vasco necesitara para serlo, autonomías ni secesiones, sino que dentro de Francia o España, con fidelidad en cada caso a su destino histórico, podría dar su espíritu. De ahí que siendo un ejemplar vascongado a caballo sobre el Pirineo, por su ascendencia paterna y materna, fué fiel, con ejemplar fidelidad, a su nacimiento español y a su nacionalidad española y amó entrañablemente a España. Como un buen español se comportó siempre».—E. E.

## OTRAS PUBLICACIONES

- Montoto, Santiago: «Impresos sevillanos», 1948, Madrid.
- Alamo, Fr. Mateo del Pérez de Urbel, Fr. Justo: «Viaje a Galicia de Fray Martín Sarmiento (1754-1755)» Ms de la Abadía de Silos con notas de F. J. Sánchez Cantón y J. M. Pita Andrade (Cuadernos de Estudios gallegos, anejo III), Santiago de Compostela 1950.

(1) Javier de Ybarra y Bergé. Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia. «La obra de Pedro de Garmendia». Edición homenaje de la Junta de Cultura de la Excma. Diputación de Vizcaya, en la que se recogen las publicaciones de su finado Secretario. 1950. La Editorial Vizcaína. Henao, 8. Bilbao.

- Cánchez Cantón, Francisco Javier: «libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica». C. S. I. C, Madrid, 1950.
- López Serrano, Matilde: «Lámparas, relojes y porcelanas del palacio nacional» (Colección «Artes decorativas de España» vol. I) 1980. Madrid.
- Pérez de Urbel, Justo O. S. B.: González y Ruiz Zorrilla, Atilanol «Liber Commiens» (Escuela de Estudios Medievales). Edición crítica. Premio Antonio Nebrija, 1946: tomo I, C. S. I. C, Madrid, 1950.
- Simón Díaz, José: «Bibliografía de la Literatura Hispánica» C. S. I. C. Madrid, 1950.
- Torre, Antonio de la: «Documentos sobre relaciones internacionales de los Reyes Católicos»: vol. I (1479-1483) Barcelona, 1947.
- Montiel, Isidoro: «Incunables de la Biblioteca Pública Provincial de Huesca», Madrid, 1949.
- Vindel, Francisco: «El arte tipográfico en Valladolid, Toledo, Huete y Pamplona» (Folio XXXII + 260 págs. con 274 ilustraciones) 1950, Madrid.
- Doussinague, José María: «El testamento político de Fernando el Católico» C. S. I. C. 1950, Madrid.
- Sánchez Alonso, Benito: «Historia de la historiografía española»: tomo III, C. S. I. C, Madrid, 1950.
- Leví-Provençal, E.: García Gómez, E.: «Crónica anónima de Abd Al-Rahman III Al-Nasir». C. S. I. C. Madrid, 1950.

## NUEVAS REVISTAS

Nos llega el n.º 1 (Huesca, MCML) de la revista del Instituto de Estudios Oscenses, titulada «Argensola», patrocinada por la Delegación Provincial de Educación Nacional, a cuyo delegado don Virgilio Valenzuela debemos la amabilidad del envío. La revista anuncia su publicación en cuadernos trimestrales que completarán, al año, un volumen de 500 páginas. Además de la Presentación, contiene este número, pulquerrimamente editado con ilustraciones de José March y Jesús Paredes, las secciones siguientes: a) Estudios: b) Comentarios: c) Información cultural: d) Bibliografía: e) Artículos de revistas. Ofrece especial interés para nosotros el documentado estudio de Federico Balaguer «El Obispo de Huesca-Jaca y la elevación al trono de Ramiro II». Deseamos vida próspera a «Argensola».

También hemos recibido el n.º 1 de la revista bilingüe de cultura «Reconquista», trimestral, que se publica en S. Paulo-Brasil. La dirige don José Pedro Galveo de Sousa y de la sección castellana está encargado don Francisco Elias de Tejada. La presentación es muy esmerada. Gracias por el envío.